



agua, y un callado fuego interior, encontrarían en ellos un símbolo de convergencia y comunicación.

Pero, desde luego, en la legión relegada de los sueños. Ésta era la idea tenaz del profesor Schwerfuss. Portando siempre, en uno de los bolsillos de su chaleco, un recorte de diario, le daba vueltas y vueltas a un proyecto que echaría a rodar apenas le fuese posible. En el recorte estaba una noticia: junto con los primeros dirigibles para pasajeros, habían aparecido también sus equivalentes piratas. Agazapados entre las nubes —cúmulos, remansos o bancos lenticulares— aguardaban la oportunidad de que su presa pasara cerca de ellos. Entonces se lanzaban a un ataque que poco difería de los que, en su tiempo, realizaron sus antecesores marinos. Pero lo que le interesaba al profesor Schwerfuss no eran los piratas ni sus hazañas, sino su manera de camuflarse entre las nubes. El profesor Schwerfuss era uno de los tantos futurólogos que, a comienzos de siglo, casi se confundían con los pitonisos y los nigromantes. Muy contados amigos confiaban en sus vaticinios dizque avalados por un cuadro de complicados conceptos que aunaban los más estrictos cálculos científicos y lo que él denominaba “las tendencias secretas del mundo”, que acaso nunca pudiesen ser recuperadas por la ciencia. Loco, pesimista, ingenuo, fueron los calificativos menos duros que recibió nuestro profesor cuando años atrás predijo, entre otras cosas, las dos guerras mundiales, las masacres masivas, las cámaras de gas.

Convencido de que poco podría lo que las buenas gentes denominan “razón humana”, para designar con algún nombre a aquello que se contrapone a esa otra razón también humana que acabaría por precipitar al mundo en las llamas del infierno, el profesor Schwerfuss había diseñado una solución radical para salvarse y salvar a sus pocos adherentes de tales suplicios.

Consistía la solución en abandonar definitivamente la propia superficie de una tierra considerada por él como el escenario inevitable de la confrontación y la lucha. Su idea era reaccionaria, como el mismo profesor lo reconocía. Pero era su idea. Y la iba a poner en práctica de todas maneras. Si en la tierra “no había lugar” para las utopías, pues había que trasladarlas a los cielos. Y no a los míticos, místicos y fantasiosos de las religiones, sino a los cielos concretos y reales de nuestro mundo. El profesor había pensado en una comunidad que viviese en dirigibles equipados —entre muchos otros mecanismos especiales— con baterías

de surtidores que emitiesen un tenue vapor cuya finalidad habría de ser la de procurarles un camuflaje perfecto. Cualquiera al verlos, no los vería de verdad. Para él no serían sino nubes errantes arrastradas por el viento. Las silenciosas aspas accionadas por pedales, nunca los delatarían.

Por desgracia, hasta este punto llega nuestra información. Y todo lo que digamos o queramos decir de lo que vino luego será obra de un torpe afán especulativo. Si en el proyecto del profesor había unos dirigibles destinados a viviendas, otros a sembríos, y otros a los dispositivos captadores de agua de la atmósfera y energía del sol, o si, por el contrario, en cada una de las naves había compartimientos acondicionados para estos usos, no lo podemos conocer.

Ocurre que no tenemos medios para saber si aquella utopía funcionó alguna vez, o nunca, o si todavía subsiste, pues en 1913 el profesor Schwerfuss, su familia y amigos cercanos desaparecieron sin dejar rastro, aparte del minúsculo modelo de un dirigible (de unos treinta centímetros de largo), que ante los ojos curiosos de quienes forzaron las puertas de su departamento, al ser tocado por un vecino, empezó a cubrirse y descubrirse, alternadamente, con un vapor blanco, antes de terminar desintegrándose por completo.

Esto fue lo último que se supo del profesor Schwerfuss.

Entonces no nos queda más remedio que dejar la mirada perdida (mientras viajamos en avión por entre las vastas nubes, o mientras contemplamos un atardecer fantástico, de esos prodigios en arboles y formas sobrecogedoras), dejar la mirada perdida en alguna nube amarilla, o rosada, o roja, y pensar, simplemente pensar.

#### **DE LA NUEVA LILIPUT**

Tenían que ser los japoneses quienes —manipulación genética de por medio— encontrarán la manera de crear una especie humana tan diminuta: la estatura normal está por los cinco centímetros. Jonathan Swift se hubiese maravillado al verlos caminando por los jardines de la ciudad provisional que ha sido diseñada para ellos. Protegida por una cúpula de cristal, esa suerte de maqueta viviente alberga una población de mil individuos. Otras colonias están repartidas en varios laboratorios japoneses. La que tengo ante mis ojos es la única que se exhibe al público. Mediante altavoces uno puede, incluso, comunicarse con los

habitantes menos huraños de la Nueva Liliput, como la han bautizado; escuchar sus vocecillas chillonas, oír sus quejas y reclamos. Hablan nuestros idiomas, visten como nosotros e imitan nuestros gestos. Les han enseñado bien nuestra cultura. Pronto la ciudad les resultará pequeña y a pesar de la voluntad de los científicos para preservar el desarrollo natural de cada colonia, tendrán que trasladar una parte de la población a otro sitio. La verdad es que nuestros pequeños semejantes se reproducen de prisa, a despecho de las campañas de control natal y todo eso.

Un diario de gran circulación ya se ha ocupado del asunto. El reportaje —publicado hace unos días— refería algunos hechos que no tardaron en ser desmentidos por el gobierno, lo cual sería una prueba irrefutable de su veracidad. El reportero sostenía que ya se han producido fugas masivas de algunos laboratorios y anticipaba que los prófugos no tardarían en ocasionar estragos incalculables si lograran sobrevivir a los ataques de perros y gatos domésticos, amén de los de las ratas, cosa nada difícil puesto que su nivel de inteligencia es, por cierto, similar al nuestro. Sugería el reportero algunos modos de poner orden, a tiempo, en el mundo de estos nuevos seres. La primera solución podría ser la de encontrar alguna fórmula —también genética— que los eliminase por completo —un virus, por ejemplo— para ahorrarles y ahorrarnos sufrimientos inútiles; para que volvieran a la nada de donde nunca debieron salir. Citaba el reportero una larga lista de agresiones que cometemos con ellos casi inadvertidamente. Como ejemplo, tendencioso claro está, contaba el destino que sufrieron los minihumanos que fueron regalados a los niños de la familia imperial: terminaron descabezados y mutilados como si no hubiesen sido nada más que muñecos baratos. La segunda solución consistía en crear para ellos un aparato policial fuerte, conforme a los modelos existentes en nuestras sociedades, para que cada colonia se autocontrole e imponga sus propios límites. Dicha policía dependería, desde luego, directamente de hombres de probada experiencia en tales trabajos. La tercera solución, que bien pudiese complementar la anterior, tendría que ver con una política educativa que sirviera para integrarlos a nuestra sociedad: ellos bien pudieran trabajar para nosotros limpiando desperdicios o ejecutando tareas —en el área microelectrónica, por ejemplo— que su tamaño les ayudaría a realizar con eficacia.

Por causa de ese reportaje he dejado la ciudad de Xanten y he venido hasta acá, a través del océano y de un continente entero. He venido a observarlos vivir, caminar, entrar y salir de sus minúsculas casas, fingiendo una cotidianidad eterna y trivial, como si no supiesen que su destino no depende de su voluntad. He venido hasta acá y me he puesto a pensar en que si tan sólo no tuviesen un cerebro como el nuestro, una conciencia como la nuestra, todo les sería más fácil, infinitamente más fácil.

#### **DE LA REVOLUCIÓN GRIS Y SUS ACITADORES**

Albert Länder es un joven alto, afilado, locuaz. Tiene el rostro anguloso y los ojos brillantes de los iluminados. Todo lo que gana en negocios diversos —a los cuales considera males necesarios—, lo invierte en su causa política. Albert Länder es un militante de profesión. Es un iluminado a tiempo completo. Vive en un desván atestado de libros y cuadernos azules en los que escribe interminables ensayos. En un rincón se alza el mimeógrafo de mano que le sirve para editar las hojas volantes y folletos que reparte en mercados y omnibuses. Sobre el velador está el megáfono que usa en sus arengas. A ras del suelo se extiende el colchón mísero en el cual duerme o hace el amor con muchachitas siempre distintas. Albert Länder nunca se detiene. Ni le desanima la inconstancia de sus escasos seguidores que, al igual que sus amantes, aparecen y se esfuman en su horizonte como estrellas fugaces. Albert Länder pregona la revolución gris. En otro rincón del desván se apilan pancartas grises y banderas también grises que lucen el círculo blanco que rodea al círculo negro.

La revolución gris, que según su mentor será inevitable, parte de un principio estricto: hay que entregar el poder y los ejércitos a los ancianos. Y no, por cierto, para resolver, de una vez por todas, el problema de la denominada tercera edad —que de paso también se resolvería—, sino, y sobre todo, para que toda la fuerza, la pasión, la energía de la juventud y de la madurez se inviertan en el éxtasis y el disfrute de la vida, en los goces de la carne, en los cantos y los juegos del amor y del placer, y no en otro tipo de gastos inútiles.

Relegados al ejercicio del poder, obligados por una suerte de conscripción postergada a ocupar las funciones ejecutivas —desde el más bajo hasta el más alto nivel—, ancianos trémulos y olvidadizos, demorarían por fuerza la enloquecida marcha de la sociedad.

Lo cual se traduciría en un incremento real del tiempo libre de los ciudadanos: habría, pues, más horas para pensar, amar, sentir; para disfrutar la única vida que les ha sido asignada a los hombres. El deterioro de la maquinaria opresiva que violenta el espíritu de quienes, en la sociedad actual, no comparten el poder, no lo disputan, o no quieren disputarlo, cambiaría las órdenes imperiosas en débiles súplicas, porque hasta la muy improbable ira de los ancianos no tendría a su disposición medios eficaces de coacción y fuerza.

De este modo —dice Ländler—, no es difícil imaginarse un mundo regido por gobernantes decrepitos, rodeados de ministros y asesores (sobre todo estos últimos) tan decrepitos como ellos, en el cual las ceremonias del poder y las frecuentes pompas fúnebres (que casi llegarían a confundirse), así como también los aparatos burocráticos de los estados, permanecerían tan lejos, tan ajenos a la vida común de los ciudadanos, que un sinnúmero de relaciones nuevas, insospechadas hasta hoy, proliferarían entre ellos. La vida sería así múltiple y diversa, pero, a la vez, comunitaria y cálida.

En lo que respecta a las batallas, Ländler prefiere ilustrarlas con una escena vivida. Al azar imagina un campo de trigo a medias segado. Pone en su descripción un limpio sol que hace reverberar el aire. Son las dos de la tarde. En la cabaña solitaria reposan, semidesnudos, los niños y niñas que cultivan el trigo. El sudor humedece sus cuerpos dorados. La mañana ha sido pródiga en juegos, caricias y ocupaciones. El cansancio, el calor de la tarde, la abundante comida basada en pan, leche, agua fresca y frutas, los ha vencido. Entonces asoma en el paisaje un guerrero exhausto. El verde olivo de su ropa de campaña resalta en el campo amarillo. Tiene unas cuantas ramas secas enredadas en la red elástica que le ciñe el casco. Ayudándose con el arma, que usa como báculo, el guerrero se acerca a la cabaña. Mira el negro interior. Golpea la puerta entreabierta. Insiste. Llama con su débil voz. Por fin aparece en el umbral una niña somnolienta. Trece o catorce años y un gran desdén en la cara. El guerrero le explica que está extraviado. No sabe dónde se encuentra el campo de batalla. Y, a decir verdad, no recuerda en cual de los dos bandos está luchando. La niña le ofrece una silla y le acerca un jarro de agua. El guerrero rehúsa la sombra y arrastra la silla hasta la línea donde empieza el piso soleado. Tiene su propio frío interior. Y debe ser tan

grande que el calor del verano no llega hasta él. La niña le mira las manos huesudas, las manchas, las venas azules; le mira el rostro de pergamino, los ojos acuosos, hundidos, el hueco de la boca que balbucea palabras a ratos incomprensibles. Dentro del uniforme, el guerrero parece escurrirse. Bebe el agua a grandes pausas. Es un anciano ceremonioso. Agradece a la niña con profundas inclinaciones y le entrega el jarro vacío. Luego le pide que le indique la dirección que ha de tomar. La niña señala un punto lejano. El guerrero camina unos pasos. Regresa y le pide a la niña un nuevo favor: que le permita tocar por un segundo sus jóvenes pechos. La niña acepta y siente el helado temblor que apenas la roza. El anciano le agradece de nuevo, se queda un momento en silencio como buscando en su memoria algún residuo perdido, y con otra reverencia reanuda su marcha. La niña lo ve alejarse, caminar en una amplia media luna hacia el lado de las mieses aún no cortadas. La niña llama a gritos al guerrero para que corrija su rumbo. Pero es inútil. El no la escucha y desaparece en el dorado horizonte. Ella no insiste. Sabe que hay una guerra y que en la guerra ocurren cosas raras. La víspera, luego de que ella y sus compañeros retornaran de bañarse en el río, descubrieron un par de soldados —enemigos entre sí—, que trataban de sepultar bajo una pirámide de piedrecillas y ramas de pino, a un artillero que acababa de morir sin un rasguño, de puro viejo, luego de haber disparado en cualquier dirección el cañón principal de su máquina de guerra.

“Unos estados así no sojuzgarían a nadie. Una guerra así no mataría mucha gente”, dice Ländler. Amigo de las ilustraciones didácticas, considera que escenas como estas son suficientes para rebatir a cualquiera que dude de la razón de su causa.

Pero los detractores de la revolución gris no son muchos porque tampoco son muchos quienes conocen sus planteamientos. De entre ellos, sólo unos cuantos se dan la molestia de cuestionarlos.

Un tío suyo dice, por caso, que la revolución gris es una idea hermosa pero un tanto utópica.

Paradójicamente, la madre de Ländler atribuye a ese tío la culpa de que su hijo hubiese elegido el peligroso camino de los exóticos y los subversivos, por los libros que le había dado a leer cuando era niño.

En su barrio, Ländler tiene enemigos, verbigracia: el cuidador del edificio en donde vive. Nacionalista convencido, piensa que la labor política de su inquilino

amenaza el porvenir de su patria. Un día se lo dijo al capitán de policía.

Para su contrariedad, el capitán, limpiándose la espuma de cerveza del bigote, le respondió:

—No debes inquietarte, al menos todavía. Conocemos bien las actividades de Ländler y no las consideramos peligrosas por el momento. Cuando su grupo crezca, será otro cantar. Encontrarán dificultades y empezarán a desesperarse, a tramar ataques en contra del orden, de la propiedad, de nuestros valores. Entonces podremos eliminarlos sin remordimientos.

Albert Ländler conoce bien los peligros que se ciernen sobre su futuro. Pero no los teme. Está demasiado ocupado elaborando lo que él llama “la cobertura ideológica de su lucha revolucionaria”. Es decir —en sus palabras—, proporcionando a su empresa redentora un

lenguaje propio, no del todo verdadero, y a veces hasta falso, pero novedoso y, sin duda, sugestivo y motivador. Ländler sabe que el fin justifica los medios.

—¡Hay que retornar a la sociedad arcaica! —dice en su nuevo lenguaje. ¡Hay que devolver el gobierno a los más sabios! ¡A los más sabios en la sabiduría de la vida y de la experiencia! ¡Que la ciencia y la técnica dejen el paso a la verdadera sabiduría! ¡Todo el poder a los patriarcas! ¡Todo el poder a los hombres venerables!

Cuando Albert Ländler calla su audiencia calla también. Por un momento el mundo se queda en silencio. Después irrumpen la alharaca y las bromas incomprensibles. Pero nunca falta en el público algún anciano que recoja una de las volantes que el agitador reparte, y la guarde, bien doblada en el bolsillo del pecho, muy cerca de su corazón ☺

~~MANIPULACIONES TEMPORALES~~  
MANIPULACIONES TEMPORALES I

I.-  
**Como Estirar el Tiempo:**

- a) **Asegúre que algo vitalmente importante le suceda dentro de no menos de un mes.**
- b) **Levántese temprano todos los días, procurando no hacer nada mientras que espere que llegue el día.**

II.-  
**Como Estrechar el Tiempo:**

- a) **Haga 21 citas importantes para mañana. Procure que sean tan separadas geográficamente la una de la otra como sea posible.**
- b) **Trate de no fallar a ninguna.**

FELIPE EHRENBERG  
Devon, 1971